

Lo poético y lo prosaico

Leandro

ALONSO SÁNCHEZ BAUTE
Alfaguara, Bogotá, 2019, 240 pp.

LA TERCERA novela de Alonso Sánchez Baute inicia con un texto en donde el autor establece un pacto con su lector. Se supone que Leandro Díaz, el protagonista de la historia, le ha dicho a su amanuense y redactor del libro: “A mi edad, no me interesa que hagas mi biografía, sino que cuentes mi historia” (p. 9). Afín con el sentido oral de la juglaría, el vate no quiere que su vida sea transformada en documento sino en anécdota; el juglar le da la oportunidad de escribir sobre él, pero el transcriptor debe respetar el deseo de su personaje. Claro, es al menos paradójico, así sea en el terreno de lo ficticio, que un notable compositor popular dueño de un universo propio, con una vastísima y reconocida obra y cuyas invenciones son en su inmensa mayoría de origen autobiográfico, ceda la palabra y pida a otro que cuente su historia. Tras la aclaración no pedida comienza la novela.

La primera parte, “La sierra”, está compuesta por 51 capítulos numerados ordinalmente y de extensiones variables que bien pueden ser de un párrafo o varias páginas. Esos capítulos son narrados por varias voces, una principal en tercera persona que hace las veces de conductora del relato y entrevistadora de las fuentes orales. Se trata de un narrador letrado, que cita libros y autores, pero que también es entrometido y errático; no calcula, por ejemplo, que es el propio protagonista quien puede relatar su propia historia mucho mejor que nadie, ni reconoce que en la práctica el personaje ya lo ha hecho en sus canciones. Junto a esa voz protagonista aparecen también las voces en primera persona de Leandro Díaz –faltaría más–, Erótida Duarte, tía de Leandro y niñera en su infancia, Ivo Luis, hijo de Leandro, y Jaime Díaz, hermano del juglar. Pese a que esa multiplicidad de voces compone un mosaico polifónico de buen ritmo y melodía, evidentemente hay dos voces que compiten, la de Leandro –el trovador, el cantor, el poeta– y la del narrador –el escritor, el contador, el prosista–.

La primera parte recrea el nacimiento de Leandro, el rechazo de sus padres hacia él y los procesos de aprendizaje del niño, pues es a partir de los siete u ocho años que se desatan sus habilidades cognitivas, se desarrolla su curiosidad y termina haciendo preguntas dignas de un poeta, por ejemplo, “¿por qué los árboles quedan desnudos en verano?”, “¿por qué la luna no da frío como da calor el sol?” (p. 35). Pese al desprecio, al desafecto y a la despreocupación que percibe de sus padres, gentes de campo –primitivas, iletradas, prejuiciosas y avergonzadas por la ceguera de su hijo– a quienes llama Abel y Nacha, gracias a esa desatención permanente, el niño desarrolla sofisticadas habilidades de supervivencia y adaptación. Las lecturas que le hacía su tía Erótida cuando era niño, así como la constante escucha de la radio, refuerzan esos procesos de aprendizaje autodidacta. Leandro comparte muchos años de su infancia con su hermano Jaime y es él quien le enseña los rudimentos de la agricultura, labor que se empeña en mejorar cada día.

En el silencio y en la concentración callada, Leandro desarrolla una elocuente comunicación con la naturaleza, con el canto de los pájaros y con el sonido del viento.

Así supe que las melodías están en el aire, que no hay que romperse los sesos inventándolas porque nos las regalan la alegría de los pájaros y el silbido de viento y el susurro de las hojas al acariciarse y el murmullo de las aguas y las voces de los animales y el ulular de los mochuelos y el crujido de las ramas al caer y el gruñido de los cerdos y el zumbido de las abejas y las pisoteadas de los ciempiés y las hormigas y el aleteo de las mariposas. (p. 95)

A partir de allí, la novela se plantea como la lucha de un niño solo contra su entorno, pero también contra sus propios miedos. Un héroe con penas, que sabe que tiene un don, y que buscará sobreponerse a ellas. Los eventos de la vida de Leandro se van sucediendo unos a otros con veloces pinceladas: la agricultura, el amor, la vocación musical, las primeras composiciones, la fama de clarividente.

La segunda parte, “El valle”, está compuesta por 32 capítulos que discurren a partir de 1949, cuando Leandro

se emancipa de su familia y se radica en el corregimiento de Tocaimo, en San Diego, Cesar. Desde allí continúa el recorrido veloz y superficial por algunos aspectos de su vida, entre episodios biográficos sueltos y una sumatoria de anécdotas que dan una idea cabal, pero intermitente, de la vida adulta del juglar. El origen de algunas de sus composiciones, el cuarteto Las Tres Guitarras, su amistad con Chico Bolaños, la primera dulzaina que tuvo y cómo aprendió a tocarla, su residencia e itinerancia por varios lugares de la región, sus relaciones de amistad y de pareja con diversas mujeres, la simultaneidad de sus dos hogares, la vida cultural sandiegana durante la década de 1980, la muerte de su hijo Óscar y la muerte del propio Leandro.

El novelista caracteriza al personaje con dos elementos, la ceguera y el desafecto, que serán los acicates y las principales motivaciones para la transformación del héroe. En dos momentos se deja sugerida para el lector una expectativa que incrementa la tensión dramática del relato. Además de la ceguera, Leandro tiene otra pena. Primero le dice a su amanuense: “Por eso quiero que cuentes mi historia y que cuentes, de paso, esa otra pena que me atormenta, tan arraigada y dolorosa como la ceguera” (p. 9), y después dice: “Mi pena más grande, me repetí en silencio, era esa otra” (p. 128). Leandro se está refiriendo a la falta de atención y afecto de los padres durante su niñez: Abel, el padre, lo rechazaba, y Nacha, la madre, “necesitaba el permiso de Abel pa’ mostrarme su cariño” (p. 84). “Abel y Nacha estaban ahí, pero no conmigo” (p. 36), es un leitmotiv que resume la soledad del niño que además de no ver siente que sus padres no lo quieren. El niño no entiende de labores del campo ni de trabajos caseros ni de otras obligaciones que sus padres tienen, y a solas compensa su carencia con el desarrollo de los otros sentidos. De ahí surge el hombre tenaz a quien los problemas no lo doblegan sino que le imprimen una terca fortaleza. Las penas y el dolor le permiten aflorar una sabiduría integral, un *savoir-vivre* que va madurando en la oscuridad y el silencio.

Es significativo el peso que la relación de Leandro Díaz con Abel Duarte, su padre, tiene tanto en lo biográfico personal del juglar Díaz como en lo

argumental narrativo de la novela. El novelista logra penetrar en el interior de un limitado visual, tanto en esas necesidades normales de afecto durante la niñez, como en aquellos momentos inolvidables, cuando una vez al mes el padre le cortaba el pelo y las uñas, para lo cual le tocaba la cabeza y las manos. En el juego de la larga vida de Leandro Díaz, el desquite contra el padre que no quiso darle el apellido fue no haber perpetuado su nombre; para Leandro su padre era un cobarde. Hay una fractura vital entre el niño que necesita atención, mucha más de la normal, y unos padres ignorantes que no se la prestan.

¿Sabes por qué cuando era niño yo era tan parlanchín y preguntón? Para que me vieran, para que supieran que estaba ahí. El silencio era para mí lo que es la oscuridad para los que pueden ver. No oír ningún sonido era como estar perdido en una cueva en las profundidades de la Tierra. Incluso cuando yo mismo me callaba, había como un vacío, una ausencia de todo. Y había miedo también. (p. 90)

Pese a que la novela está bien planteada en su primera parte, queda mal resuelta en la segunda. El motor argumental de la discapacidad del personaje y el desafecto de sus padres se desvanece cuando el propio protagonista supera el trauma y asume con coraje su futuro. Quizá era innecesario ficcionalizar toda la vida de Leandro; lo ideal habría sido concentrarse en su niñez y primera juventud, haciendo énfasis en la crisis del héroe y en su superación. Lo que precisamente cuenta el propio Leandro en muy pocos versos de su canción “La historia de un niño”, un canto autobiográfico de pena y dolor, fortaleza y lucha. Al final de la novela, Sánchez Baute agradece a diferentes personas pero no menciona ninguna fuente escrita ni audiovisual. Al menos le faltó mencionar el libro *Cantar mi pena* (2001), de Heriberto Fiorillo, y la colección de discos compactos *Leandro Díaz: los ojos del alma* (2012), en donde el compositor cuenta la historia de sus canciones.

Carlos Soler